

La madrugada.

Acordamos encontrarnos a las cinco y treinta de la mañana. En circunstancias normales, el desplazamiento hasta la casa de José me habría tomado alrededor de quince minutos a pie, pero anoche aceptó la invitación de su amiga Paola, que vive en un barrio del norte, y se quedó a dormir en la casa de ella. Por tanto, debo salir a buscar un taxi. Contra todo pronóstico, me resulta fácil encontrar uno y no cabe duda de que ha sido cuestión de suerte. En una hora o menos, cuando caiga sobre Pasto la luz de este seis de enero, será casi imposible contar con el favor de un taxista que quiera recorrer la ciudad de sur a norte. Será mejor aprovechar este mismo taxi para ir hasta el lugar que tenemos reservado para, desde allí, *ver el desfile*.

Muestro al conductor el lugar donde debe aparcar y le pido que toque la bocina. Él y yo experimentamos los segundos de espera como si fueran minutos. Finalmente, se abre la puerta de la casa, pero no es José. Su amiga, confundida quizá por un despertar abrupto, dice que José acaba de levantarse, que lo espere un poco, que no tarda. El taxista escucha eso y me mira. “Siempre dicen así pero luego se demoran” dice, y yo le respondo con un “claro, sí, entonces ¿cuánto le debo?”. Pago y me apeo. La amiga se ha quedado esperando mi reacción y, al ver que no hubo trato con el señor taxista, me invita a entrar.

Un cuarto de hora después, ataviado con poncho y gorra, sale a recibirme José. Trae puestas sus gafas oscuras de siempre y viene a tientas. “Qué, joven David, ¿listo para carnavalear?” me pregunta y ríe. “¡Hola!” le digo, sin escatimar nada de la efusividad que me genera encontrarlo tan dispuesto, tan sonriente y, aunque no lo sabe con certeza, tan vestido para la ocasión. “¿Está el taxi esperando?”. “No, hombre, el taxista no podía esperar”. “Uh, qué rabia...”. “Fresco, hombre”, le digo, “ahora conseguimos otro... o ¡qué carajo! ¡nos vamos caminando!”. (“...*que te piso el rabo, culebra/que no me haces nada, culebra/que te piso el rabo, culebra/a la madrugada*”). José vuelve a reír, le gusta la idea. “Voy a despedirme” dice, y no sabe que su amiga ha estado muy cerca de nosotros, escuchándonos. Ella lo detiene, él la abraza, le agradece, le pide que pase por su casa “cualquier día”. La muchacha nos abre la puerta y salimos. Ya no hay más obscuridad y en la calle no se ve ni un carro, sólo personas que van en romería con dirección al centro de la ciudad, específicamente hacia la senda del carnaval. José dice que le gustaría caminar y le contesto que no hay más opciones. Quince o veinte minutos más tarde, cuando habíamos recorrido unas siete cuadras, José deja de caminar y exclama: “¡Bruto, me olvidé de traer el bastón!”.

La noche anterior.

Luego de tomar un par de cervezas en algún local del centro de la ciudad, José, su amiga Paola y yo nos dirigíamos hacia la casa de ella. “¿Nos ensuciaron mucho?” me preguntó José poco después de haber subido al taxi. Paola sonrió con algo de picardía. “Pues... tienes cosmético en toda la cara” le respondí. “¡Mentira!” objetó Paola quien, sin dejar de reír, describió las manchas que nuestro amigo tenía en su mejilla. “Ah, qué bueno, no ha sido tan grave” concluyó José. Paola continuó la conversación explicándole que, por lo general, el cinco de enero sólo se utiliza cosméticos y casi nadie termina lleno de talco, cosa que sí sucede al día siguiente. José, luego de quedarse pensando durante unos segundos, espetó la frase que habría de sorprender, supongo, más a Paola que a mí: “Yo nunca he salido a ver el desfile del seis...”. Y lo dijo con toda naturalidad, como si el verbo “ver” significara lo mismo para él y para nosotros. Por mi parte, había tenido en otras ocasiones la misma sensación que, seguramente, estaba teniendo en ese momento Paola, muchacha que conocía a José desde apenas unas cuantas semanas atrás; es decir, de igual modo me había causado algo de impresión escuchar a José decir “ayer estuve *viendo* una película...” o “hace tiempo que no nos *veíamos*”. Y así, preparado como estaba para escuchar cosas como esa de boca de mi amigo invidente, me dejé sorprender por el hecho de que, aun viviendo en Pasto, nunca hubiera salido el seis de enero. Me pregunté cómo sería la experiencia de José, cómo experimentaría la música, el coro de la gente animando a quienes protagonizan el carnaval, la risa, el hosco siseo de las carrozas que exhalan nubes de confeti, todo el jolgorio, toda la energía licenciosa y alegre de la gente. Y no dudé antes de proponerles que saliéramos a ver el desfile. “¡Vamos!” respondió José, entusiasmado. Para entonces, entre las tres personas que habíamos compartido la tarde y nos encontrábamos haciendo planes para el día siguiente, había surgido ya una complicidad harto agradable que nos convertía en uno de esos “combos” formados espontáneamente para “salir a ver el desfile”. Cada año uno encuentra su combo carnavalero; el de esta reciente ocasión prometía ser muy curioso, fuera de lo común, al lado de José, un amigo con quien nunca pensé salir en carnavales, y de Paola, a quien conocía desde la tarde.

Paola volvió su mirada hacia nosotros; cuando parecía disponerse a aceptar la invitación recordó, según nos contó en ese mismo momento, que al día siguiente debía asistir a un almuerzo con el que la familia habría de celebrar el cumpleaños de su hermano. “Pero bueno, si quieren tomemos una última cervecita en mi casa, ya que mañana no voy a estar con ustedes”. La invitación atizó el entusiasmo que la negativa de Paola había puesto entre paréntesis.

Pasa la murga.

“¿Cómo es posible que no nos hayamos acordado del bastón?” le pregunto entre risas. Tenemos la suficiente confianza como para hacer chistes con el tema de su ceguera. Por eso me río tranquilamente y él, que se ha quedado como una estatua en medio del sardinel, se deja contagiar y ríe también. “Es que, como

íbamos a bajar en taxi, ni se me ocurrió sacarlo, y, como venías guiándome, tampoco es que me haya hecho falta...”. “¿Qué hacemos?” le pregunto. José responde con una alzada de hombros y un “Ah, sigamos”. Le digo que, de todos modos, voy a estar con él y que no nos falta mucho para llegar a la casa de mi hermano.

Mientras tomamos café con empanadas en una de las casetas ubicadas en el sector de “Los dos puentes”, José dice sentir la alegría de las personas. Hay música por todos lados, hay vendedores bromistas: “ojos de lince para ver el carnaval” dice uno que vende gafas. De hecho, esta es una mañana diferente a todas, no únicamente por la cantidad de transeúntes, los disfraces, las sonrisas y, entre otras cosas, el tráfico de automotores alterado sin ningún miramiento, sino porque todos estamos menos prevenidos, sabemos que hoy es un día para jugar con desconocidos, para aplaudir, para burlarnos del pobre valiente que dispara su “carioca” a un grupo de jóvenes y recibe de ellos la represalia por la que queda convertido en un pastel, cubierto medio cuerpo con espuma, risueño a pesar de su pequeña crisis. Entre tanto, José también ríe, encuentra diversión en algo que no comprendo, y estoy seguro de que él no entiende por qué nos divertimos. ¿Qué gracia puede tener, para él, el intercambio de un chorro aromatizado que se convierte en espuma, esa sustancia fría y jabonosa? ¿Qué de bueno puede haber en lanzar o recibir puñados de talco? Aquello que sea el carnaval para mi amigo me resulta enigmático, y más todavía en tanto se emociona por lo que percibe, como si el júbilo generalizado de este día tuviera múltiples versiones aparte de la visual; en ocasiones, pregunta por la razón de una repentina algarabía, y le digo que ha sido desencadenada por el juego; otras veces sólo se deja llevar y no necesita explicaciones, como cuando pasan los integrantes de una murga —quizá van tarde y buscan su lugar en el desfile, pero van tocando— y José se pone de pie y aplaude a ritmo de “papayera”; parece más feliz que nunca. Es más, me concentro por un momento en pagar el café y, cuando me dispongo a emprender nuevamente la caminata, pasa una mujer que se percata de que José es un hombre invidente y muy animado, le toma la mano para llevarla hasta su cintura y empiezan a bailar (¿Dónde aprendió a bailar José? ¿Cuál capítulo de la vida me perdí, de modo que nunca aprendí a bailar, mientras José va de un lado a otro como un perfecto bailarín de pueblo? Si tuviera una cámara le hiciera una fotografía, aunque eso de los recuerdos gráficos tenga un extraño sinsabor esta mañana. Pensándolo bien, no necesito una cámara). La murga toca “El miranchurito”. Otras personas aplauden, avivan el baile con una especie de aullido y nuevas risas. Finalmente, los músicos se alejan, se van (“y cuando tu bailas/y cuando tú ríes/parece que canta el miranchurito en el eucalipto”).

Vuelve a tomar relieve el murmullo de la gente. Entre tanto, José parece recordar que estaba conmigo, pues se ha quedado congelado como cuando recordó que no traía bastón. De un salto me acerco a él y le presto mi brazo para seguir.

Caminata por la senda del Carnaval.

La casa de mi hermano está a pocas cuadras de “Los dos puentes”. José y yo gozamos la fortuna de poder llegar a ese sitio donde tendremos un lugar privilegiado. Otros –la mayoría– deben buscar un espacio para ubicarse. A esta hora, poco antes de las siete de la mañana, no hay muchas personas aparte de las que vienen desde la noche anterior para conseguir los mejores lugares.

Hay algo muy placentero en el hecho de caminar por la pista que normalmente les corresponde a los automotores. Es como si, por ser día de carnaval, tuviésemos derecho a ser como no somos el resto del año, y a caminar por donde queramos, “y a salir sin bastón” dice José, e inmediatamente carcajea. Hoy ningún niño es grosero por lanzar harina a un anciano y ningún anciano se ofusca por eso. Una mujer grita cuando siente la espuma posarse sobre su espalda –pues hace frío, mucho frío–, pero luego ríe y ríen también quienes la acompañan. Al parecer, este día existe una disposición excepcional y generalizada: basta con salir a la calle y buscar motivos para mantener la alegría. Eso hacemos José y yo, reímos por todo y nada parece suficiente para complicarnos la vida.

Casi todas las personas llevan puestas gafas oscuras. Es temprano, pero el juego, como he descrito, ya ha comenzado. José camina sin miedo, a pasos largos. Supongo que se ha tomado a pecho mi idea de llegar lo más pronto posible a la casa de mi hermano (conviene que no haya una multitud, como seguramente la habrá un poco más tarde, obstruyendo el andén por el que necesitamos pasar). Entre tanto, las personas nos ven cogidos de gancho, murmuran un poco y su mirada nos abandona. Si les parece raro, han de decirse: “hoy es día de carnaval”. Digamos que no nos dan mucha importancia. Esto, sin embargo, no sucede cuando alguien nos saluda con un poco de carioca o talco, y menos si lanzan estas sustancias al rostro de José y este último no practica ningún ademán para esquivar nada. Entonces las personas se dan cuenta de que es invidente, y hay tantos que se arrepienten de su imprudencia como los hay también que celebran el hecho o gritan “que vivan los carnavales”. Así, por ejemplo, un niño viene hacia nosotros y ensaya lanzar un chorro de espuma. El mismo termina en la boca de José quien ahora está escupiendo carioca aunque sin detener la marcha. Me preocupo, claro, y una mujer adulta toma al niño por la solapa y se lo lleva. El niño, asustado, mira desde la distancia. La mujer le explica, y no en un tono moderado, que José no puede ver. Pero José, oh bribón que no cree tener prerrogativas, escupe cuanto puede, vuelve a reír y cuando no bien se incorpora me dice: “Hola, David, comprate una carioca para que me defiendas”. Él sabe, porque de algún modo lo percibe, que no hay mala intención, que así es el juego. El carnaval es un ritual de actitudes. Es el juego de la transgresión respetuosa.

Más galanes que nunca.

Nuestra caminata termina frente a la casa de mi hermano. Ahora se nos presenta un inconveniente: la senda del carnaval ha sido delimitada por lado y lado con vallas metálicas, las mismas que, amarradas entre sí, muy aseguradas, no se dejan mover. La única alternativa para pasar desde la senda hasta el andén en el que está nuestro puesto es franquear este obstáculo. “Las vallas son altas” le explico a José. Alcanzan, por lo menos, la altura de nuestro pecho. “¿Cómo hacemos para saltar?” me pregunta. Dirijo la mirada hacia la casa de mi hermano pero no aparece nadie y no encuentro la manera de comunicarme con él. Lo único que se me ocurre es acercarme a un policía y preguntarle qué podemos hacer para llegar hasta el andén. “Mire” dice el agente “ya porque es temprano puede treparse ahí y saltar hasta el otro lado...”. “Pero es que se nos hace difícil porque mi amigo es invidente”. “Uy...”.

El policía propone que pase yo para que ayude a José a bajarse del otro lado, y que él lo ayuda a subir. José no parece muy animado pero... No le quedan más alternativas. Hoy, además, es día de carnaval. De modo que, con la misma resolución que ha tenido para decidirse a disfrutar este día, José acepta la ayuda del policía y comienza a remontar la valla. En el acto, un carretero, que desfilaba por la senda vendiendo carioca, deja su carreta a un lado y corre hasta donde se desarrolla la escena. Ahora son dos los que cargan a José para que pase al otro lado. A esta sazón, las personas que observan se han percatado ya de que José no ve y, entre ellas, una mujer decide sumarse al grupo de los solidarios. Rápidamente viene hasta donde estoy esperando el descenso de mi amigo. Con sus brazos regordetes toma a José por debajo de las axilas y lo sostiene mientras hago lo propio con sus piernas, de modo que le queda casi todo el peso a ella, a quien, por cierto, parece no importarle, y me da tiempo para bajar lentamente las piernas de José. No cabe duda de que cosas como esta ocurren una vez en la vida, pero el empeño afectuoso con que las almas participantes se disponen es suficiente para que parezca un acto preparado, una acrobacia.

José le da las gracias a la mujer quien le responde con un “de nada, papito”; estas tres palabras hacen mella en José, lo hacen sonreír: “hoy estamos más galanes que nunca” me dice.

Mi hermano ha salido a nuestro encuentro y nos ofrece las sillas que tenía reservadas.

Las alegrías del forastero.

El desfile ha comenzado hace poco, media hora cuando mucho. De repente, vuelvo la mirada hacia José y lo encuentro luchando para sacar el celular que carga en su bolsillo. Acaso por el ruido, se agacha cuanto puede y contesta la

llamada dando voces, como si la otra persona también estuviera en un lugar ruidoso. “Hola. Sí. ¿Cómo has estado? Es que me quedé en la casa de Paola, una amiga. Estoy viendo el desfile con David, otro amigo. Sí, no te preocupes. Bueno, más tarde ya voy. Chao”. Guarda el celular. “Era mi hermana”, dice. La hermana, que con buenas razones ha de estar preocupada, no comprende lo que todo esto implica, no sabe que su hermano bailó con una desconocida y que otra lo tomó en brazos; no sabe que su hermano está viviendo un carnaval propio, individual, que quizá le hace muy feliz, y movida por la vocación de cuidado se limita a increpar al buen José por no haberse reportado.

Es casi medio día y el cielo nos mira con su tórrida pupila. Aquí, los terrestres aplaudimos cada vez que pasa una comparsa, y enloquecemos un poco cuando una murga hace lo suyo con bombos y platillos. Pero ni el calor es motivo suficiente para que José deje de aplaudir y de dar saltitos cuando se emociona. Y cuando no pasa nada, cuando el desfile pierde temporalmente su ritmo, José espera. Para ser sincero, no sé de qué hablar en estos momentos de receso. Las personas que están alrededor comentan que son los extranjeros quienes más disfrutan el carnaval, “como niños” dice un hombre, “como si hubieran estado encerrados” afirma otro. Entonces pienso que la euforia de José es algo extraordinario, una novedad para él mismo, pues tiene algo de forastero porque vive una realidad distinta, suya. Mi amigo viene del lugar donde todo es más intenso, las carrozas son vítores, cantos, gritos de festividad, tambores, trompetas, y un carnaval es un día caluroso en el que todas las personas son amables y socarronas al mismo tiempo... ¿De dónde vienes, José?

El verdadero fin de año.

Dice José que, en otras ciudades, el año termina el treinta y uno de diciembre y punto, no más fiestas. En cambio, en Pasto, el año termina cuando termina el jolgorio, es decir, el seis de enero. Desde mañana todo volverá a la normalidad, las calles serán barridas, los artesanos comenzarán un nuevo proyecto y lo mismo haremos todos. De hecho, el acto de desandar la senda del carnaval para volver a casa (que, en el caso de José, se trata de volver a casa de Paola para recuperar su bastón) tiene algo de nostalgia. Quisiéramos que la fiesta no terminara. Eso digo en voz alta y José me responde: “pero, bueno, las fiestas muy largas son aburridas”.

He ahí la palabra del hombre con quien pasé un extraño día de carnaval, un hombre que no ve pero, no cabe duda, conoce las puntadas que da el tiempo, ese viejo costurero, el artesano mayor.